

mostrándose partidario de la inoculación de la viruela, lo que le valió las acerbas críticas de Vicente Ferrer, hombre de gran predicamento!—; Oh, contradicciones y antinomias del espíritu humano!; en una cuestión como ésta de la variolización y vacunación, en aquella fecha tan discutible, Salvá, valiente, entusiasta, se acreditó de hombre progresivo, como si hubiese ya presentado la aparición del gran Pasteur; y en aquella otra ya referida que podía justipreciarse con el criterio puro de observación entonces imperante, Salvá no quiso ver toda la claridad con que el problema estaba ya presentado.

También habría querido yo ver más extendida la esfera de sus aficiones clínicas, leyendo más variadas observaciones sobre muchos procesos morbosos que, sin duda, ya por entonces se presentaban en la enfermería de nuestro Hospital, pero bien se echa de ver, consultando sus obras, que su fuerte, como buen admirador de Piquer, era todo lo referente a calenturas, y la enseñanza clínica, para que sea fructífera, ha de extenderse por un ámbito mayor.

Hasta aquí la que podríamos llamar edad de oro del insigne médico barcelonés, y ojalá se hubiese retirado a tiempo del teatro de sus glorias, antes de que se le viniese encima la pesadumbre de los años, que roban al espíritu sus energías y nublan los fulgores de la mente, que así hubiese evitado días para él muy amargo, como debieron serlo aquellos en que, antes de morir, fué objeto de mortificantes desdenes, que en manera alguna pudieron empañar su justo y bien adquirida respetabilidad. Pero, aún después de muerto, se hizo digno de loa, porque, cumpliéndose una disposición testamentaria, fué autopsiado su cadáver por don Joaquín Isern, en nuestro Colegio de Medicina, para que pudiera servir para enseñanza. ¡Cuán divorciado estuvo de los que, como Chateaubriand, dijeron: "tejos de mí la sacrilega autopsia, que en vano se encontraría en mi frío cerebro y en mi yerto corazón el secreto de la muerte!"

Señores académicos: Por el capricho de la suerte, más que por mérito propio, encuéntrome al expirar este siglo desempeñando en la ciudad de Barcelona la misma enseñanza que inauguró el doctor don Francisco Salvá y Campillo al principiar la centuria, y gracias a vuestra inagotable benevolencia y a la del ilustre señor Decano de la Facultad de Medicina, me ha cabido la honra insigne de rendir esta noche fervoroso homenaje al que comenzó la serie de los catedráticos de clínica que en el período de cien años se han ido sucediendo. Con tal motivo ruegoos que aceptéis el testimonio de mi eterna gratitud.

Sesión del día 30 de diciembre de 1900

Salvá y su tiempo.

DISCURSO DEL DR. LUIS COMENGE FERRER

La Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona aspira, con la celebración de este homenaje solemne, a prolongar la vida de Salvá y Campillo, a perpetuar su fama, a ensanchar su gloria avivando en el recuerdo de los presentes la llama de gratitud que sus hechos encienden, la admiración que ellos despiertan.

La nobleza y utilidad del pensamiento a que obedece esta velada son evidentes; la alteza y la trascendencia del acto no admiten dudas ni piden encomios.

De Salvá se ha escrito si no mucho, muy bello y verídico; por tanto, sería importuna labor y temeraria ofrecer una biografía del catalán ilustre gallardamente dibujada en los discursos que acabéis de oír y en los escritos de Félix Janer, Hernández Morejón, Anastasio Chinchilla, Torres Amat, Bertrán Rubio y Elías de Molins, en especial, constituyentes de una hermosa poliantea bio-bibliográfica a nuestro personaje referente.

Tal circunstancia me advierte, al llegar a este punto, cuán arriesgado es decir algo nuevo, cuán difícil perfeccionar lo bueno, tareas dignas del sabio a las cuales, os confieso no alcanzo, con ser tan grande mi deseo.

Aparte de que la misión a mí conferida se contrae a recordar no más a Salvá como profesor, a dibujar la representación, el influjo del mismo en la evolución de la Medicina, y haré yo si acierto a cumplir tan honroso y nada fácil cometido; por eso, allá en lo más recóndito de mi ser, en el misterioso aposento donde surgen vagos y brumosos los vislumbres que llamamos presagios, siento que ya se forma y se levanta y me escuece el presentimiento de que mis frases resolverán en tempestad de nieve, trocarán en frío y desilusión el calor y el entusiasmo que supieron elevar con su elocuencia mis compañeros doctísimos.

Si tal presunción en un todo se confirmase, creedme, señores, lamentaríalo por vosotros, por tan distinguido auditorio y por los merecimientos de aquél a quien esta sesión dedicamos!

A juzgar por las noticias que sobrevivieron a las injurias y olvidos del tiempo, no remotos en verdad, y a lo que se infiere de los hechos y escritos de Salvá y Campillo, fué éste un representante fiel, un hijo legítimo de la época en que vivió, en lo que ella tuvo de más práctico, de más real y de más útil en medio del torbellino de utopías, exageraciones, fanatismos y luchas que prestaron efervescencia a tales días, sublimados, no obstante, por una firme y general aspiración al progreso, a la libertad y a la independencia.

Creyeron muchos, y aún es frecuente opinar, que fuera de este siglo XIX, todo luz, maravillas y grandezas, las demás edades sólo ofrecen obscuridad y pobreza, opresión e ignorancia, y aquí es del caso demostrar cuán incierto es semejante juicio en lo que a la centuria pasada se refiere, espléndida alborada del siglo que agoniza como éste es ya, en sus postrimerías, rosada aurora del que viene radiante de promesas y esperanzas henchido...

Ciego será quien no vea que el siglo XVIII fué un siglo gigante en que brillaron los fulgores intelectuales de Leibnitz, reformador del cartesianismo, de Locke, precursor de Rousseau y padre del sensualismo moderno, de Newton, cuyo nombre no admite apelativos, de Adam Smith, el economista, y de Condillac, inspirador de los Robinet, Destut-Tracy, Cabanis, Broussais, y cuyo señorío alcanza a nuestros Hernández Morejón y Pedro Mata; Voltaire, el de ingenio diabólico y la falange de enciclopedistas con D'Alembert a la cabeza y el zoólogo Darwin, pertenecen también a la mentada centuria, orgullosa de haber oído a Kant, manantial de sistemas filosóficos modernos, a Fichte y, sobre todo, a Hegel, talento portentoso que se atrevió con lo más grande y sucumbió a lo más chico, a una invasión del vírgula colerígeno.

A tal edad corresponden Byron, Goethe, Scriver, médico, vate y filósofo, el inmortal Quintana y sus compañeros en rima Chenier, Alfieri y Metastasio; los críticos Winkelman y Lessing; los Franklin y Washington; los Nelson, Wellington y Napoleón *el Grande*, maestros insuperados en el fiero arte de la guerra...

Debieron las ciencias su adelanto a Buffon, Linneo y Cuvier, Lavoisier y Laplace, Parmenier, Volta y Galvani, a Frauenhoffer y Wollaston, desmenuzadores de la luz, a Humbolt y Cook, exploradores; vió también el siglo a Mengs, David y Goya, reproductores de la naturaleza, al inspirado Cánova que, con su arte sublime, injertaba la vida en los mármoles; a Mozart, portento de la música, a Beethoven, Miguel Angel de la armonía; a los inventores Watt, Soemmering, Stephenson y Mongolfier; Vauquelin, descubridor del cromo, Margraff y otros ciento que omito por temor a vuestro cansancio, pertenecieron a aquella edad de titanes en que vivió nuestro Salvá y cuyos nombres declaran, con claridad meridiana, la lozanía de aquellas inteligencias, el vigor de aquellas actividades, la robustez de aquellos espíritus, la fecundidad de tan asombrosa época.

Ello es incuestionable; por la velocidad adquirida en el siglo anterior persistieron, ensanchándose, las Ciencias y las Artes, la industria y la política en la centuria presente, la cual no acertó con la solución de ingentes problemas por entonces planteados; tan colosal fué el empuje del siglo anterior.

Mas no hemos terminado de citar apellidos famosos, que siendo médico el doctor Salvá y deseando recordar la escena en que se movió, natural es que mostremos el estado de la ciencia de curar por la lista escueta de los profesores más eminentes; concurso tan ilustrado como el que me dispensa la merced de oírme, tiene suficiente con tal memento para juzgar la época y encasillar el talento de nuestro doctor en el lugar que justamente le pertenece.

¡Ojalá yo tuviese inspiración sublime y palabra elocuente para describir las glorias médicas

del siglo en que nació y floreció Salvá y que, en lapso fulmineo, pudiérais recorrer con el pensamiento aquella floresta de hombres sabios y entusiastas con el fin de mejor aquilatar el medio en que se desarrolló la existencia fructífera de nuestro compatriota...! Baste indicar que en tal período ejercieron honda influencia Boerhaave, Höffman, Stahl y el portentoso Haller, sillares firmísimos de la cultura médica de entonces; que enseñaron Cullen y Brown, quienes se disputaron el imperio teórico del arte partiendo del concepto de la *incitabilidad*, causa de tan rabiosas contiendas y abundoso manantial de vislumbres, sutilezas y errores; entonces brillaron el vitalista Bordeu, el animista Barthez, precursor de Bichat, y frente a estos sistemáticos surgieron los Winslow, Stenon, Heister, Sabatier, Scarpa, Santorino y Lieberkühn anatómicos; Spallanzani, Morgagni, Vicq d'Azir, Haller y Fontana, fisiólogos; los clínicos Stoll, Van Swieten, Huxham, Sauvages y Percival Pott, de nombre imperecedero; Avenbrugger, Corvisat y Laennec, creadores de la patología torácica y espíritus de sanísima observación; los patriarcas de la moderna Cirugía, Desault, Hunter, Cowper, Larrey, Boyer, Bell y Recamier, y por fin los Pinel, Treviranus, Foderé; el coloso Bichat y el inmortal Jenner, pertenecen a los días de Salvá, quien, seguramente, pudo oír el estruendo de las aclamaciones y aplausos con que la muchedumbre alentaba al tribuno Broussais, el Danton de la medicina, al reformador Rasori, a los clínicos Andral y Bouillaud, a los biólogos Addelon, Richerand y Magendie astro naciente al declinar la vida Salvá, durante la cual se llevó a término una evolución suprema en la ciencia de Hipócrates, porque la anatomía patológica, microscópica, general y comparada, la doctrina celularista, la biología experimental, la cirugía científica, la medicina aplicada a las leyes, la higiene pública, la enseñanza clínica oficial, la feliz intervención de las ciencias auxiliares a nuestro arte, el periodismo médico, la vacuna... novedades son que, si no todas nacieron en tal período, en él se incubaron o conquistaron arraigo y esplendor a despecho de la cohorte de preocupaciones y contrariedades que a todo lo nuevo hostigan o detienen.

Compréndese tras lo brevemente apuntado, la injusticia manifiesta en que incurren cuantos montejan de inculta y rudísima la centuria a que aludimos. Si en años de Salvá no se conocían veloces transatlánticos, trenes rapidísimos y lujosos, la fotografía, el alumbrado eléctrico, los rayos catódicos y mil y mil comodidades y maravillas que suspenden el ánimo, en peores condiciones halláronse más lejanas edades, y, sin embargo, sería dislate fenomenal considerar salvajes a los siglos de Pericles, en Grecia, de Virgilio, en Roma, de Shakespeare y Cervantes en la Europa occidental...

Mas no se crea, no, que en punto a progreso científico médico se hallaba nuestra nación en estado floreciente.

Tan astrosa y decaída existencia arrastraba la medicina ibérica en aquel siglo XVIII, que el Marqués de la Ensenada (1), Martín Martínez, Feijóo, Perchet y Virgili, entre otros, como H. Morejón, Gimbernat, Seoane y Pedro Castelló en los comienzos del siglo actual, fundaron la urgencia de capitales reformas profesionales y docentes, no obstante las ya realizadas, en el atraso y desbarajuste del Arte; tales documentos, las peticiones de cirujanos al extranjero para los servicios militares de mar y tierra, las comisiones para estudiar en Universidades forasteras los adelantos científicos, la escasez de originalidad en los textos, lo rudimentario de las enseñanzas, la lenidad de los exámenes, el atraso en las disciplinas, la anarquía en los grados, las rivalidades y disputas inacabables, el cierre de las Universidades, la ignominiosa *purificación* de los maestros, la carencia de estudios experimentales y prácticos, el abandono en los servicios públicos, el anticuado régimen del Protomedicato, el desprestigio profesional, el divorcio entre la Medicina y el Estado, juntamente con la forma de aplicar la censura a los libros, la viciosa manera de conceder permiso a las publicaciones, la emigración constante, las guerras y, por fin, los odios políticos más tarde, explican aquel atraso y desmayo científicos y adelantan sus causas provenientes de tiempos anteriores. Mas como todo pedía en nuestra nación disponer el terreno para introducir adelantos y mejoras y no faltaron hombres ilustrados y de buena voluntad, esfuerzos laudables hicieron éstos para colocar nuestra civilización y prestigio médicos a honrosa altura. Realización parcial de tales propósitos fueron, por ejemplo: la creación de los Colegios de Cirugía, la reforma del Protomedicato, las modificaciones universitarias el incremento de la Botánica, y de las artes mecánicas, las disposiciones de carácter sanitario, como la prohibición de enterrar en las iglesias,

(1) Vid. "Apuntes para la Biografía de P. Virgili". Barcelona, 1893, por L. Comenge.

las medidas contra la peste amarilla, la inmortal expedición, cantada por Quintana, para difundir la vacuna por todo el orbe, la institución oficial de las Academias y de las enseñanzas clínicas, los viajes al extranjero de los alumnos y profesores más aventajados para imponerse en los más útiles y recientes adelantos en el arte de curar, la organización de la Medicina castrense, la fundación de Montepíos profesionales y la reglamentación de los establecimientos de Aguas mine-ro-medicinales.

Con estas mejoras evidentes, del tiempo del doctor Salvá, resaltan nombres de hispanos doctores contemporáneos de nuestro biografiado, como Bedoya y Paredes, Fernández Navarrete, Capdevilla, Andrés Piquer, Martín Martínez, Virgili, Balmis, Gimbernat, Castelló, Carbonell, Luzuriaga, Casals, Quer, Pavon, Cavanilles y otros más, cuya benéfica influencia fué, sin embargo, pequeña y tardía, que los arraigados vicios mucho resisten a la sombra de pasiones, calamidades y desgobierno. Así, por ejemplo, en 1819 los maestros españoles aún leían a Galeno y Boerhaave, los actos universitarios se verificaban en latín, la erudiición era sexcentista y en las oposiciones a médico de Hospital, en la Corte, el ejercicio primordial consistía en la exposición y comentario, en lengua de Cicerón, de un aforismo de Hipócrates, según la versión del cobarrubiano archiatro de Felipe II!!!...

Pues bien; en aquella edad ciclópea y extraña, de alientos inusitados, de hervor, de grandeza y de reformas, ocupada principal y sucesivamente en la preparación, desarrollo y consecuencias de la revolución francesa, en aquel periodo de trasmutación científica, social y política, vivió nuestro biografiado, quien logró con sus hechos meritisimos el aplauso y el respeto de forasteros y conterráneos que aún admiran hoy aquella agilidad de pensamiento, aquella diversidad de calidades y aquella constancia en perseguir el bien de la ciencia y de la humanidad sana y doliente.

El profesor barcelonés es de los pocos que se salvaron del naufragio científico español de aquel tiempo. Y los motivos de semejante distinción radican en la influencia *particular y pública* que ejerció en la evolución de la Medicina.

Depende la primera de su educación, aptitudes y procedimientos profesionales; la segunda de su virilidad y entusiasmo, puestos al servicio de las causas médicas que más interesaron a los espíritus y enardecieron las pasiones en aquella edad fecunda en trastornos, controversias y mudanzas.

Entremos, pues, en el estudio de estas dos manifestaciones de la actividad de Salvá, objeto capital del presente discurso y natural complemento de lo que llevamos dicho.

Era don Francisco Salvá y Campillo, cuando frisaba en los 60 años, esto es, en el primer decenio de la centuria que agoniza, hombre de más de mediana estatura, robusto, canísimo, de continente señorial y acerigado rostro (1). Uniforme en el trato, de escasas púas en el carácter, exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, ordenancista, de austeras costumbres y muy delicado en puntos de honra, llevaba disueltos en la sangre los añosos privilegios del doctor en Medicina que le inclinaron a mirar con desdén a la Cirugía y con prevención el valimiento creciente de sus escuelas y profesores, reminiscencias de vetustas ideas que se hundieron, por suerte, en el olvido con los casacones, bordados y pelucas de la indumentaria pasada.

Tan estudioso como activo y servicial, respetuoso con el pensar ajeno, bibliófilo temprano, a veces duro y atrevido en la polémica y perito en artes mecánicas, fué insaciable en la lectura y tan curioso que todo lo apuntaba, copiaba mucho y cuando los escritos salían de su mano estaban hartamente meditados y repetidamente leídos.

Conservador de amistades, cultivador asiduo de relaciones valiosas, procuró levantar dignamente reputación y fortuna sin descuidar un punto decir la verdad a los influyentes (1) ni olvidar los caritativos deberes de su profesional sacerdocio.

No tuvo don Francisco sucesión, y para que no anidase la tristeza en tan amplio hueco, lo llenó de afecto a los suyos, de amor a la ciencia, a la profesión, a la vida académica y docente,

(1) Así se desprende de referencias fidedignas y de un grabado maltrecho, copia, sin duda de un camafeo, que ha servido al malogrado y genial artista Don José Maria Marqués para pintar el retrato de nuestro biografiado, por encargo de esta Real Academia.

(1) Vid. *Pensamientos sobre el arreglo de la Enseñanza*. 1812, por el Dr. Salvá.

al progreso de la agricultura, de la industria y del comercio de su patria y a la propagación de la vacuna, ese nuevo *tatuaje* de los pueblos civilizados.

Talento no común, espíritu de firmes convicciones, de nobles y liberales intentos, fué la personalidad de Salvá condensación feliz de muchas ideas útiles que flotaban en el ambiente de su época, viniendo a ser como un planeta de la Medicina por la índole de su formación y de su lumbrere reflejada.

Y, en verdad, que este símil astronómico trae al recuerdo otro de la misma especie aplicable a nuestro doctor, y es el de las estrellas dobles o astros gemelos que, aunque de colores y composición distintos, van siempre unidos en sus revoluciones e influencias; así acontece con algunos hombres, en lo que permite la vida; que, enlazados por amistad, aficiones, ideales o paridad de trabajos, figuran juntos en la historia, *verbi gratia*: Lavoisier y Laplace, Trousseau y Pidoux, Desault y Bichat, Bonells y Lacaba, Andral y Gavarret, y ejemplos de reputaciones inseparables son las de Salvá y Sanpouls; no puede hablarse de uno sin aludir a las excelencias del otro, ambos de la misma patria, edad y aptitudes; de igual nombre, semejantes empresas, idénticas amistades y parecidos sinsabores!...

El doctor Salvá, en la plenitud de su vigor, fué incansable en la propaganda, en la lucha, en la asistencia al desvalido, sin distinguir al amigo del adversario (1), y en la enseñanza; en su tierra y en sus días, no hubo labor científica o profesional, acto o problema saliente, reforma o discusión notable, ni servicio difícil o gestión espinosa a que no fuera unido su nombre y, así, no es maravilla que alcanzara por amigos o por contrarios las lumbreras médicas de su tiempo; circunstancia que pone de manifiesto la nombradía de Salvá y la extensión e importancia de su obra.

Esta se distingue, en conjunto, porque no es la de un cenobita del pensamiento, sino la de un espíritu práctico, encarnación del justo medio y del buen sentido, preferible muchas veces a la agitación y centelleos del genio.

A tanto no llegó Salvá; no fué un talento máximo y original servido por calidades avasalladoras y asistido por el don supremo de amoldar a las circunstancias propias doctrinas, inauditos procedimientos e inculcar asombrosos, científicos vislumbres; su figura en la Medicina patria y menos aún en la europea, no es Chimborazo sobre ondulada planicie intelectual, no es el Niágara entre las corrientes del general saber, ni astro rodeado de antorchas y candiles... Y aunque en materia de genios, como en todo lo mundano, existe una gama suavísima, una escala de ingentes peldaños que marcan innumerables categorías, siempre es el genio, en síntesis, no enfermedad cerebral, *¡risum teneatis!*, sino jalón providencial en la evolución de la humana inteligencia, y a tan alta jerarquía no ascendió el clínico barcelonés. Si yo afirmara lo contrario en esta hora solemne, ciertamente que el alma de nuestro biografiado, desde la eterna mansión, juzgaría mis palabras inspiradas por la frecuente y pueril adulación de los que meditan elevarse con la inmoderada alabanza. Digamos llanamente y sin rodeos ni eufemismos, que el doctor Salvá y Campillo laboró para aumentar la cultura médica y el bien de sus semejantes, y fué de los que, contra viento y marea, se desvivieron para fertilizar el agostado predio del nacional saber, perteneciendo, por tanto, y con justicia, al patriciado médico, a la orden venerable de los hombres útiles, honrados y benéficos.

Larga fué su vida, combatida por el bullicio y el empuje de las ideas recientes y por el entusiasmo de las generaciones modernas, a veces irrespetuosas con el viejo que, abrumado con la peasdumbre de los años, ya mira desde lejos el perenne y fertilísimo caminar de la ciencia.

Aquellos vientos de crudo naturalismo filosófico que por los puertos de Francia aquí llegaban; aquella propensión a la impiedad y al derrumbamiento de añosas instituciones que la revolución francesa esparcía entre bocanadas de fuego, de odio y de sangre, aquel afán por anular lo suprahumano, aquellas ideas grandiosas arrojadas con gigantes pasiones y violencias extremas no encajaron, no, en el modo de ser de nuestro biografiado, pues discípulo del seminario tridentino de Barcelona, educado en la filosofía escolástica, realista, palaciego y cristiano viejo le molestaron, sin duda, los bahos igualitarios e irreligiosos del jacobino perdonavidas y trastornador.

Católico sincero, admitía los decretos de la Fe y entendía que la sombra de lo infinito y de lo eterno se proyecta en la razón en forma de maravillas y de inefables misterios, testimonios, más que de la ignorancia, de una alta sabiduría siempre sentida, jamás explicada. Por tanto, ocioso es decir que no transigió con la filosofía madre de la revolución vecina.

(1) Recuérdese su loable comportamiento durante la guerra de la Independencia, que le valió plácemes de las autoridades.

Conocedor Salvá de los escritos de Cabanis y Vicq d'Azir, precursores de la fisiología materialista contemporánea; de la filosofía del Barón de Holbach, de las rudezas de Lamettrie, de los atrevimientos de los Darwin y de los enciclopedistas, no simpatizó con aquellas vejez nuevas ni con los desplantes contrarios a lo supraterráneo, voceadores de la imprevisión y del fatalismo ciego; el médico barcelonés abrigaba la convicción de que todas las casualidades auxiliadas de todos los milenios eran incapaces de producir una ley ni todos los hechos juntos constituir por sí solos un recuerdo. Tal era su filosofía.

No obstante, conciliador y prudente, en general, mantuvo cordial o respetuosa correspondencia con personas de opiniones distintas y contrarias a las suyas. Amigo fué de celebridades médicas nacionales y extranjeras, como Galinsoga, Jáuregui, Balmis, O'Scanlan, Lacaba, Ribes, Villalba, H. Morejón, Piñera, Arejula, Carbonell, Drumen, Janer, Grasset, Double, Petit, etc.

Por sus excelentes condiciones granjeóse el aprecio de notables o influyentes personajes: el general Alós, Capmany, los obispos Climent Azara, Diaz Valdés, el Conde de Cabarrús (1), la Duquesa de Borbón, don Antonio Brusi, don José de Urrutia, don Antonio Pellicer de la Torre, el Marqués de Malaspina, los ministros Jovellanos, Urquijo, Valdés, Ceballos, Alvarez, Conde de Floridablanca, el Príncipe de la Paz (2), el Infante don Antonio Pascual, la Infanta Isabel, Carlos IV, su esposa y el Príncipe, luego Fernando VII, en quienes halló apoyo eficaz para sus empresas o inefable consuelo en sus desdichas (3).

El beso alevé de la vejez y el natural desgaste de una vida laboriosa, arruinó su cerebro en las postrimerías de su existencia, determinando ciertos cambios en su mente, y una suerte de senil debilidad, con su cortejo de rarezas, temores y vacilaciones que, al modificar su carácter, acentuaron creencias opuestas a las de la juventud en lo que a ciencia y política se referían, naciendo de tal divorcio escenas nada edificantes en el aula y frases y juicios irrespetuosos y amargos para el anciano Salvá (4). Y es que nuestro biografiado, cumplida su misión científica en el mundo, quiso extenderla, persistir en ella y violentar la marcha natural de todo aquello que no es perenne; olvidó la sabia máxima de Horacio y no acertó a retirarse con oportunidad, ¡grave delito en las sociedades, singularmente en días de agitación, de reforma, de lucha continuada y fiera!

(1) Hemos hallado, entre cartas y documentos de gran importancia, unos que sirven para mejor conocer la personalidad compleja del padre de Mme. Talien, ministro famoso de José Bonaparte, y la índole de relaciones y negocios que tuvo con el Dr. Salvá y Campillo. Las misivas firmadas por Cabarrús y fechadas en Cauterets, Bañeras, Tolosa y Canal de Aragón, en 1804 y 1805, demuestran que el Dr. Salvá y el hacendista llegaron a formar una sociedad para construir un Canal y explotar las minas de carbón de las cercanías de Mauresa. El capital 6.000.000 de reales por acciones; era el perito D. Tomás Ferrer y Soler.—(Arch. de la Real Acad. de Ciencias y Artes de Barcelona).

(2) Hemos visto una carta dirigida a Ceballos en la que Salvá muestra su reconocimiento por la gratificación de 8,000 reales que S. M. le concedió. Muchas cartas de las citadas personas se han extraviado, otras son conocidas; sólo incluimos en este trabajo documentos inéditos, por nosotros conseguidos.

(3) La siguiente misiva manifiesta la afectuosa consideración que supo captarse don Francisco Salvá entre las personas reales y alta servidumbre de palacio.

Al Sr. D. Francisco Sanjoints.—Aranjuez y marzo a 18 de 1800.

“Muy señor y amigo. Con singular gusto recivo la de V. m. de 8 del que corre, porque a mas que me alegro el ver letra de V. m. esperaba con mucha ansia saber de la situación y estado de la salud de nuestro amigo Salvá, pues supe su grave enfermedad, y despues no supe más, en tanto que le había rezado condicionalmente por muerto.

Si está en disposición de hablarle, dígame V. m. que no sabe hasta qué punto a llegado el sentimiento hemos tenido, pues le contábamos en el número de los Difuntos, pero viendo que Dios y los buenos amigos le ban sacando de tantos apuros, que le damos muchas Enorasbuenas y nos las tomamos, pues nos interesamos de veras por su salud, que si luego quiere venir a recóbrar aquí hos pasaremos por estos frondos jardines. También le dirá V. m. que las Personas Reales que yo había dicho su mal estado se an alegrado mucho de la mejoría, y en particular Principe que me hizo leher su carta de V. m. á su presencia, Infanta Doña Isabel y Infante D. Antonio, también los amigos como la Caba, Luque y Jauregui y todos los demas amigos que todos en particular y en comun le damos la Enhorabuena y V. m. recibala por la parte que le toca.

Esteban Rosell”.

(4) He aquí documentos relativos a los disturbios y escándalos en la clase del doctor Salvá, que delatan su estado de ánimo:

INTENDENCIA DE POLICIA DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA

He sabido con sorpresa, que en las cesiones facultativas, que celebra V. diariamente, lejos de observarse la circunspección y decoro que exige una clase, cuyos principios de cultura y decencia debe distinguirla, se da

La conducta de nuestro biografiado al final de su vida, acaso emanada de su apego al estudio, al cargo y a la enseñanza clínica, nubló su fama y alargó el día de sus alabanzas; su muerte pasó

el escándalo de no tener ninguna compostura ni decencia, tomándose la libertad de suscitar burlas, y bromas ridículas, en que unicamente se pasa el tiempo, que debía emplearse en el objeto tan importante, a que se reúne la juventud, bajo la dirección de V.; y siendo preciso cortar de raíz el perjudicial abuso, espero, que desplegando la autoridad, que le está confiada en su establecimiento tan serio, haga V. que sus discípulos guarden la circunspección y decencia debidas, y se apliquen la atención que corresponde; en concepto que, si no se corrige absolutamente semejante desorden que toca ya el extremo de poder influir en la tranquilidad pública, tendre el disgusto de adoptar medidas proporcionadas al exceso en desaire de sus respetos, y haciendo sentir a los culpados que no desconozco la gravedad de su pueril y ridícula ligereza.—Dios guarde a V. muchos años. Barna. 15 julio 1826.—Fco. Enriquez.—Don Francisco Salvá, Catedrático de clínica.

RESPUESTA

Recibí con mucho placer el Oficio que V. S. se dignó enviarme la tarde del 15 del corriente Julio de 1826 que no pude comunicar á mis alumnos clínicos hasta la cesión de la mañana del 17. Por aver caydo malo mi compañero Dr. D. Francisco Piguillem no pudo venir á la clase como aviamos resuelto; pero vino el Secretario Dr. D. Rafael Steva. Este recibió de mi el Oficio de V. S. y le leyó a los Alumnos que vinieron aquel día á la escuela que fueron pocos como solían de costumbre. Terminada la lectura Oficial, Steva y yo les hicimos conocer el mal que avian hecho. Pareció se sorprendieron, ninguna habló y les despedimos tranquilamente. En la cesión Hospitalaria de aquella tarde y en todas las demás inclusa la del día 21 no han dado que sentir de suerte que se debe á V. S. hasta hoy más quietud en mi aula que no había podido conseguir desde el semestre que empezó en 1.º de Abril último; y tengo motivos para creer que continuara hasta el fin de setiembre en que concluye mi semestre. El modo con que V. S. ha portado este asunto no lo olvidaran nunca los Médicos que conocen que por ahora no se le ve en el cosa alguna que degrada la profesión lo que daba muchos recelos y zozobras. Por mi parte doy a V. S. muchas gracias del favor que ha hecho á la Medicina en genarl. y a mi sobre todo que me tiene y tendrá perpetuamente agradecido y con deseos de tener ocasiones de manifestárselo.—Quedo rogando a Dios guarde a V. S. muchos años.—Barna, 21 Julio de 1826.—B. L. M. de V. S. S. S. S.—F. S.—Ilustre señor Intendente de Policía del Prindo. de Cataluña D. Francisco Enriquez.

M. S. M.

Con fecha 15 del corriente mes recibí del Iltre. Sr. Intendente de Policía de este Prindo. el oficio adjunto que no pude leer pronto a mis alumnos porque le recibí la tarde del sabado 15 en que no avia ya cesión clínica hasta el Lunes 17, en la de esta sobre las 9 y media de la mañana hice, que el Secretario D. Rafael Steva leyese a los clínicos de mi escuela el sobredicho oficio del Iltre. Sr. Intendente concluydo esto el Lector hizo conocer á clinicos los escandalosos desordenes de que les acusa con razon el Caballero S. Intendente; y procuré corroborarle brevemente; pesandome mucho que no huviese podido asistir a la cesión, por estar malo, el Compañero doctor D. Francisco Piguillem, que avia ofecido asistir en aquel día. Enterados los discípulos del mencionado oficio, se les despidió de la Escuela, con la mayor quietud que les correspondia. Se portaron igualmente bien en la visita Hospitalaria de la tarde y en todas las demás cesiones que desde aquel día hasta el de hoy día 19 continuan dando muestrás de querer cumplir con lo que les corresponde.—Podrá V. S. mirar como haya podido dejar de acudir á esa Iltre. Junta Superior Gubernativa y sufrir todo lo que he tolerado de mis Discipulos; pero cuando pueda decir á V. S. lo ocurrido en estos 6 ó más años, tengo por cierto que á la sensatez del S. D. Francisco Enriquez debe esta escuela clínica avér vuelto al estado que le compete. Ojalá que este Buen Señor me huviera enviado antes el oficio consabido que creo me abria libertado de muchos malos ratos desde primero de Abril último que empecé el semestre clinico actual. Confio que en la semana siguiente mi cabeza podrá dar á V. S. razón de lo que debo añadir para que puedan entender el silencio que se ha guardado.—D. guarde á V. S. muchos años.—Barcelona y Julio de 1826.—B. L. M. D. V. S.—F. S.—A la muy Ilte. y Real Junta Superior Gubernativa de Medicina.—Madrid.

M. S. M.

“Cumpro con lo ofrecido á W. S. S. en mi anterior de enviarles lo ocurrido sobre las insolencias de mis clínicos en los tiempos de mis semestres, o de suplente en casos de enfermedad de mi compañero, voy a cumplir con lo prometido á W. S. S. En los primeros dias del mes de agosto de 1821 se descubrió en Barcelona la destrozadora epidemia de la fiebre amarilla que en pocos días casi dejó desierta la ciudad y sin enseñanza hasta los primeros meses de 1822. En el marzo se habrió la reunión de médicos cirujanos y farmacéuticos de orden de S. M. que D. G. y puedo decir que desde aquel tiempo se perdió la quietud necesaria para la enseñanza clínica, y puedo decir que la reunión que se permitió en la aula, y hospital fueron la verdadera causa

inadvertida para los barceloneses, harto ocupados, a la sazón, con festejar a su amado rey don Fernando VII (1).

Entre tanto agonizaba, olvidado, un patricio ilustre, un obrero de la ciencia, un protector de la humanidad... (2).

¡ Miserias terrenales!

Fué nuestro Salvá discípulo del gran Piquer y de Martínez profesores de la escuela valentina; tuvo, además, por mastro en la práctica y preceptor amoroso y amado a su señor padre Salvá y Pontich, médico del Hospital de la Santa Cruz, con quien visitaba enfermos por los años 1778 y 80. Pero sus consejeros más constantes y sugestivos fueron los enfermos y los libros, según se infiere de la lectura de sus papeles y de la erudición de que hizo gala en todas sus memorias, disertaciones y polémicas. Tuvo en altísimo predicamento las doctrinas de Hipócrates, de Boerhaave, Sydenham, Murserio y Van Swieten; la *Praxis médica* de Andrés Piquer, la *Nosología* de Sauvages, clasificador de los morbos al uso botánico, y los escritos renombrados de Tissot; en terapéutica siguió a Cullen, a Carminati y especialmente a Barbier, Alibert y Soldevila, entusiastas de la clasificación de medicamentos y del uso racional de los mismos según la experiencia; siguió las huellas de Espallarosa, Pascual y Fernández Navarrete; en medicina general bebió no poco en Stoll, en el sesudo

No pasó mas de 12 ó 14 meses que a muchos de los discípulos de la reunión sobre el.ª se les antojo de formar un batallón, en la guerra que se seguía contra los franceses los soldados del batallón debían ser voluntarios, y acudieron al Ayuntamiento para la licencia, que se obtuvo. Pero luego los más alborotados quisieron que los que se negaban á llevar las armas, los echase yo de la escuela, aunque era una acción arbitraria y libre. Ninguno de los catedráticos de la aula dejó de afearlos las infamias y persecuciones contra mí; y gracias al manejo oculto con que nos manejamos el batallón proyectado no se hizo. Pero la rabia de los que quedaron burlados, no perdonó nuestra repugnancia. Entonces un cualquiera acusaba á los que no eran tan locos como ellos y sin saber como, ni porque al otro día lo echaban de la ciudad, por mar ó tierra, al destierro que se les antojaba. ¿Podría un profesor sujetar á los discípulos? ¿Y los del Gobierno podía castigarlos? Caio la Constitución, entraron los franceses. Los del gobierno español estaban al rededor de la ciudad, en ello no veíamos soldados ni aguaciles de España, que pudiesen hacer obedecer. Entraron por fin las autoridades y algun agente para obligar á contener. Luego salía la duda á quien debía á acudirse para conseguir la deseada quietud; el gasto que costaría, quien lo había de pagar, la degradación de la medicina de sus estudiantes ó de los maestros hasta que punto llegaría. Y juzgo que basta para justificar el haber tardado, para haber dado con un caballero como el Sr. Intendente de Policía de este Principado el Sr. D. Francisco Enriquez que sin hacer ruido, todo lo ha aquietado, como dije á W. S. M. el 21 de Julio del corriente y persevera hasta el día. Quedo esperando las órdenes que V. V. S. S. gusten mandarme y suplico al Señor los guarde muchos años.—Barna. y Julio 28 de 1826.—B. L. M. de su affmo. servidor.—Franco. S.—A la M. I. Junta Superior Guvernativa de Medicina”.

(1) Falleció el doctor Salvá a causa de afecto cerebral. El *Diario* nada dijo de su muerte en aquel ni en los sucesivos días. El pueblo, embriagado de júbilo con la presencia del monarca y de su esposa, cantaba estas ridículas estrofas:

“Viva, viva el augusto Fernando.
Viva, viva su cándida esposa,
Quiera el cielo de paz venturosa
Su reinado feliz, coronar.
El amor nuestra alma inflama,
El amor nuestros cantos inspira,
Cada pecho es de amor una pira,
De lealtad cada pecho un altar.”

(2) En el Cementerio general de Barcelona, nicho núm. 3.332, se lee:

D. O. M.
Aquí yace el Dr. D. Francisco Salvá
Médico honorario de cámara
de S. M.
socio de varias academias
promovedor y primer catedrático de clinica de Barcelona.
Ilustre
por sus obras literarias, su librería
y hasta su cadáver dedicó a la
pública instrucción.
Amigo bienhechor y compañero
de los pobres enfermos del Santo Hospital
quiso que sus restos
fuesen conducidos aquí con el carro
y entre los
mismos cadáveres de aquel
asilo de infelices.
Murió en 13 de Febrero de 1828
de edad 76 años y 7 meses.

Franck, Sedillot y en el inolvidable Pinel; en la enseñanza de la clínica, dió la diestra a los métodos y racionios de Petiot, Double, Fouquet, el inmortal Pinel y Clifton; en filosofía médica se acercó al eclecticismo montpesulano de Caicergues, precursor de Andral.

Entre todos los citados maestros, Boerhaave y Tissot ejercieron más profunda y constante influencia en los hábitos profesionales y docentes de Salvá; tradujo al primero siendo mozo, y de joven, en 1777, consultaba asiduamente al segundo, cuyas obras recomendaba con interés a sus discípulos en 1819, es decir, cuarenta años más tarde, circunstancia que, con otras, contribuyó a que le tacharan de profesor anticuado. Las lecturas de Corvisart, Bichat, Bayle y Laennec apenas si dejaron vestigios en las producciones de don Francisco, ni los juzgó textos recomendables.

Con estos precedentes y habiendo en cuenta la agitación del período que empieza con Cullen y termina con Broussais, que encierra precisamente la vida activa de Salvá y Campillo, recordando la movilidad de principios médicos, filosóficos y sociales, la independencia rudísima, la exposición acalorada e irrespetuosa de las opiniones y la insolencia en las disputas que caracterizan aquella edad fogosa en que los innovadores y sus discípulos se trocaban en belicosas huestes para desacreditar a sus predecesores, maestros y émulos, y en que las ideas profesionales solían convertirse en banderines políticos, fuentes abundosas y lamentables de indisciplina y desprestigio profesional, difícil había de ser a todo profesor mantener incólume, y por mucho tiempo, los esplendores de una reputación docente que no estuviese cimentada en una labor progresiva.

No ser partidario de la incitabilidad, de la gastro-enteritis, del antimonio, de la sangría, del ácido o del álcali, de la hidropatía, de la organocracia, del contagio, del encasillado nosológico a la moda, del último figurín terapéutico y no acatar los sistemas recientes y las disposiciones de los ministros, traía consigo difamación y disgustos...

Salvá los arrojó no pocas veces con la franca exposición de sus ideas. No era partidario de los Colegios de Cirugía, cuya preponderancia juzgó dañosa; no creyó en el contagio de la fiebre amarilla, ni en su fecha de aparición cercana, ni en la eficacia incontrastable del febrífugo inventado por el ruidoso Masdevall, ni en las exageraciones esfigmológicas propaladas por los admiradores de Solano de Luque, como Spallarosa y otros, ni en la oportunidad de las reformas docentes y profesionales de primeros de siglo (1); condenó los abusos de la sangría antes, y el nimio temor a utilizarla después; esquivó la aplicación de sistemas y exclusivismos terapéuticos; fué partidario de comprobar los diagnósticos por medio de las necropsias; procuró ordenar las enfermedades como hiciera Linneo con las plantas (2), retratar las dolencias por el estudio minucioso de los síntomas, y no se afilió a los humoristas, solidistas, brownianos ni a la moderna qui-miatria; fué ecléctico, pero de un eclecticismo hipocrático, amplio y observador...

Para más conocer su sinceridad y abierto criterio, recordemos aun las observaciones que hizo a varios tratados, entre ellos el de Haen, y a la historia clínica del enfermo Filisco, trazada por Hipócrates en el libro 1.º de las epidemias; indiquemos que confesó desconocer la acción íntima de los medicamentos; la razón de la nomenclatura morbosa de entonces, que le pareció caótica; que fué partidario de la medicación sencilla; que comparó las colecciones de recetas, al uso, a salas de armas frecuentadas por locos; que abominó de la polifarmacia, del lujo farmacéutico y condenó los medicamentos secretos de toda índole; que acusó de ignorantes y perjudiciales a los médicos desconocedores de la química; que prestó grande atención al análisis e indicaciones de las aguas minerales, mientras proclamaba, con Vacca Berlinghieri, que las enfermedades curan por la fuerza de la naturaleza contra los golpes del mal y los porrazos de los malos médicos (3).

La fisonomía profesional de nuestro llorado compañero, quedará mejor esbozada diciendo que siempre afirmó la relación entre la lesión y la enfermedad, a la que procuró anular o disminuir por el régimen y los medicamentos sancionados por la experiencia. Pocas veces empleó Salvá la quina contra las intermitentes; prefería las emisiones sanguíneas, los purgantes y los eméticos (4); no asistía partos; dejaba la extracción de secundinas a otra mano experta; sus ideas eran coacas respecto a la calentura puerperal; creía en los infartos de pituita y bilis como causa de enfermedad (1777) y fué, por fin, muy conciso y espontáneo en sus anotaciones clínicas, don-

(1) La oposición de Salvá al plan de Estudios elaborados por los Dres. Sobral, Custodio Gutiérrez, Gimbernat y Gallí, médicos de Cámara, y la excitación de los mismos en aquella disputa profesional, fueron causa de que nuestro biografiado se viese envuelto en un ruidoso proceso del que salió condenado, apercibido y multado con manifiesto encono. El atropello ocasionó a D. Francisco una gravísima enfermedad, a la que se refiere la carta de D. Esteban Rossell, en Marzo de 1800.

(2) Propuso una terminología griega enrevesada que no prosperó.

(3) Vid. las tres memorias relativas a la enseñanza clínica.

(4) Historias clínicas manuscritas, y especialmente la del General Alós.

de confesaba sus errores con la mayor naturalidad. Así, por ejemplo, entre sus notas pueden leerse párrafos de este jaez: "Un clérigo viejo y panzudo, se me ha muerto de apoplegia".

"Mi primo Ricardo Cebrián, abogado, de 76 años, muy grueso y voraz, sucumbió de apoplegia".

"Una señorita a la que pronostiqué tisis, arrojó tenia, luego lombrices y pronto me despedí".

De una puerpera dijo, "que falsificó a Hipócrates, es decir, que curó".

Hablando de los mentidos triunfos en las oposiciones, decía Salvá en sus *Pensamientos sobre el arreglo de la enseñanza*: "Cuándo me acuerdo que al concluir el curso de Medicina, hice oposición a una cátedra de Medicina en Huesca y que por varias travesuras de *sed* y *ergo*, algunos de los censores me prefirieron a un profesor que podía enseñarme el cristus de la facultad, digo, ¡qué casualidades influyen en el lucimiento de los concursos!".

Añadamos, por último, que el doctor Salvá y Campillo tuvo tan ardiente amor a la enseñanza médica, que a ella dedicó su actividad y aptitudes durante largo espacio de su vida y porción de su hacienda al estímulo de aplicados; legó, además, sus libros y papeles a las Academias y dispuso en cláusula testamentaria que su cuerpo sirviese para la instrucción de los escolares; ¡quiso convertir sus restos en lección práctica y enseñar después de muerto!..

* * *

Descrita a grandes rasgos la personalidad médica y social del doctor Salvá, tosca y velozmente dibujada la época, teatro en que desarrolló sus aptitudes y mostró su valimiento, pero de tal suerte que la ilustración y perspicacia del auditorio, supliendo incompleteces de exposición, nuestras, infiera el valor de aquél como artista y como maestro y señale las direcciones que pudo imprimir a la salutífera institución, consagremos, ahora, contadas frases a recordar la intervención pública del esclarecido catalán en las más salientes cuestiones de su época y en las principales reformas concernientes al arte de curar, única rama del humano saber que debemos incluir en estos apuntes (1).

Dicho queda que no fué Salvá brillante y genial espíritu de los que maravillan y seducen a las generaciones; pero sí una suerte de abeja profesional, de trabajador convencido y paciente, de esos que invierten la vida en beneficiar el terreno para que mejor prendan y fructifiquen las semillas del progreso. Para tal género de labor estaba cortado su organismo y vino al mundo en ocasión oportuna, cuando aspiraciones altas iban revueltas con vejeces ridículas y controversias fútiles; en una edad especialísima, de transición tumultuaria, precursora de la moderna Medicina que se distingue, en suma, por ser la aplicación constante y cada vez más amplia de todas las conquistas de la inteligencia, al arte hipocrática para llegar al conocimiento del hombre y cuanto le rodea, persiguiendo su bienestar y máxima perfección.

En el comercio científico del pasado siglo venía dibujándose el eclipse del latín con su vetusta preponderancia y, así, los libros, periódicos y monografías ya se componían en idiomas extranjeros; el desconocimiento de éstos en España levantaba una barrera formidable a la cultura médica; ésta, cuando menos, había de rezagarse por la carencia de educación lingüística preliminar. En consecuencia, los expositores, comentaristas y en especial los traductores de doctrinas y procedimientos extraños, los consideramos, salvo excepciones, como abundosos caños del saber profesional en la Península y origen de ulteriores reformas. En este sentido nuestro doctor Salvá hizose acreedor al general aprecio escribiendo, divulgando o traduciendo trabajos médicos como los de Gaudoger, Carrere, Struve, J. Clark, Chaptal y Tissot, sin contar la muchedumbre de parciales juicios que, referentes a medicina general, terapéutica, farmacología, clínica y profilaxis engarzó en sus escritos y discursos que brindaron enseñanzas de maestros respetados en el extranjero.

Corresponde también al famoso doctor la honra de haber contribuido poderosamente a la vida de las Academias. Estas corporaciones surgieron de la necesidad que de reunirse los hombres de ciencia venían experimentando, para tratar asuntos teórico-prácticos, conocer y aplicar los nuevos adelantos, impulsar el arte, favorecer su estudio, difundir sus verdades, robustecer el espíritu de compañerismo e ilustrar al pueblo y mejorar sus leyes. Tales Asambleas, penosamente instituidas en la pasada centuria, atrajeron vivamente la atención de Salvá y en ellas obtuvo numerosos triun-

(1) En todo este discurso hemos seguido la norma de no incluir, con detalles, las noticias y juicios expuestos en las biografías de Salvá; no debe extrañarse, por tanto, la falta de referencias bio-bibliográficas ya conocidas y de conceptos gallardamente expuestos por los Dres. Escriche y Robert.

fos, algunos en el extranjero, a los que debe en parte esa fama que le hizo popular en España y especialmente en la vecina república, transcurridos muchos lustros desde su muerte.

Sabido es que la Real Sociedad de Medicina de París premió tres veces a nuestro doctor, y que éste devolvió, con notable desprendimiento, las metálicas remuneraciones; buscaba sólo el honor: la tercera vez obtuvo mención honorífica. A las Reales Academias de Ciencias y de Medicina de Barcelona dedicó numerosas disertaciones, algunas de valor sobresaliente que le exaltan a la categoría de los inventores, y conocida es la fundación de sus premios para estimular a los estudiosos y robustecer la vida de nuestra Corporación, de la que fué socio y decidido protector.

Dos novedades importantísimas vinieron a fomentar por entonces el aprovechamiento diario y constante de la actividad científico-médica: las monografías y la prensa profesional.

Aquellas obras inacabables, aquellos corpulentos volúmenes a dos columnas y de letra microscópica, atiborrados con citas de árabes y griegos, se despegaban del carácter viviente de la nueva ciencia, la cual pedía más que generalidades pretéritas, estudios recientes y concisos sobre asuntos especiales, extractos médicos, ciencia condensada, ya que no había llegado el período de los alcaloides. El doctor Salvá, comprendiendo el espíritu de su tiempo, prescindió de rutinas e intereses y publicó memorias y folletos, verdaderos ensayos de las monografías modernas, en los cuales estudió asuntos higiénicos, clínicos, farmacológicos, profesionales, epidemiológicos, sobre topografía y química médicas, estadísticas, profilaxis y labores de controversia que aún hoy pueden consultarse con gusto.

Constituye la prensa médica, la más eficaz energía para la difusión extensa y rápida de las investigaciones, tanteos, adelantos y triunfos de nuestra ciencia; merced a estas hojas livianas y palpitantes, más completa y sólida es la conciencia profesional, el mundo médico mejor y más pronto conoce, mejor y más pronto piensa y resuelve, más amplias son sus facultades y saberes y más vasto su criterio; el periodismo ha venido a completar el espíritu de clase y a establecer el comercio intelectual en consonancia con el progreso de la humanidad.

Especie de sistema nervioso del organismo médico, recoge las impresiones y enseñanzas, y las extiende y las lleva a todos los centros y células profesionales diseminadas por toda la corteza del globo, facilitando al virtuoso profesor ideas nuevas que refrescan y vigorizan su mente, le prestan bríos en su tarea fatigosa y pía, ejemplos edificantes que robustecen su espíritu, esperanzas de redención, le dicen, con seguridad consoladora, que no está aislado en la fatiga, y con tales avisos y nociones se enorgullecen el médico rural y urbano ante la honra de pertenecer a una clase sapientísima y venerable que se desvota por conquistar lo que le pertenece, la dirección de la vida de los pueblos. La periodística institución, siempre civilizadora, hoy lozana, surgió raquítica, desmedrada, al exterior, pero con fuerza inicial y alientos ocultos en sus raíces, allá en días de Salvá, quien prestó con decidido ahincó toda su autoridad y ciencia al periodismo profesional y político, auxiliar, éste, a la sazón, de aquél, en la faena de esparcir conocimientos científico-médicos.

Cataluña, que es la primera región española en punto al número y vitalidad de los periódicos médicos en los primeros tiempos de su aparición y que recuerda orgullosa a sus literatos Mitjavila, Santpons, Carbonell y Bravo, Puig, Piguillem, Janer, Ginestá, Yáñez, etc., incluyó en el número de sus primeros y más antiguos periodistas a don Francisco Salvá y Campillo, asiduo colaborador en el *Diario de Barcelona* y en el *Memorial literario*, que se publicaba en la Corte al finalizar el siglo XVIII, en los que escribió artículos de ciencia amena, de polémica, de meteorología y de higiene, muy leídos y favorablemente comentados.

Su amor al periodismo y la convicción que tenía, de su importancia futura, le inspiraron la idea, en 1812, de que el Estado fundase un periódico científico profesional, de suscripción obligatoria, para médicos, cirujanos y farmacéuticos, la cual publicación, al paso que mejoraría notablemente la cultura en dichas clases, facilitando nociones útiles y novísimas, provenientes de todas las partes del mundo, ayudaría con sus rendimientos a la vida y esplendor de las enseñanzas médico-quirúrgica y farmacéutica.

En su anhelo de mejoras profesionales para centuplicar el prestigio de la clase, discurrió Salvá, la creación de una escuela de matronas, no original en esencia, pues que en días de Virgili ya se daba esta enseñanza en Barcelona, pero nueva en el detalle relativo a las alumnas, quienes habían de salir de las clases más desvalidas, con el fin de proporcionarlas elementos de trabajo y colocación o matrimonio decente.

Y no se limitó a tan estrecho campo en el vital asunto de las reformas profesionales, a las que dedicó largos años de estudio y no pocas gestiones; verdad es que tal cuestión preocupó los ánimos y originó luengas y acaloradas controversias, en que se transparentaron particulares intereses, vanidades rancias, ambiciones, intrigas palaciegas y nimias rivalidades, de que no se vió libre ninguno de los bandos.

La necesidad de cambiar el plan docente y el organismo de las clases salúferas, notándose venía en los últimos lustros de la centuria XVIII. La agitación de los ánimos, ante la urgencia y extensión de las modificaciones y la inseguridad de criterio de los gobernantes, mostráronse patentes con motivo de las reformas profesionales de 1780, 1795, 1799, 1801, 1804, 1812, 1824, 2820, 1823 y 1827, las cuales, en síntesis, manifiestan los esfuerzos que por subsistir hacía el Protomedicato frente a los partidarios de su abolición y la enconada rivalidad entre los adictos y contrarios a la reunión de la Medicina con la Cirugía. Entorno de las dos grandes cuestiones se agitaban otras de menor importancia que, enlazadas con aquellas, e involucrando miras individuales o de gremio, encendían las pasiones hasta un grado máximo, según aconteció también en Francia.

Recordando la significación y aptitudes del doctor Salvá y la índole del asunto, natural era que tomase puesto en uno de los bandos, y que, hombre al fin, se dejase arrastrar alguna vez por los impulsos de la pasión frente a sus contrarios.

Ya en 1800, sus opiniones, nada favorables a la supresión del Protomedicato, a la conjunción de las dos facultades y a la creación de la *Junta superior y gubernativa*, constituida por los médicos de Cámara, le irrogaron disgustos y perjuicios como final de un proceso. Pero ello no enfrió sus convicciones, y como no era de los que suelen quedarse con los tacos en el vientre, como suele decirse, en el año 1812 dió a la luz pública sus *Pensamientos sobre el arreglo de la enseñanza, en el arte de curar* (1), libro que fué muy leído y ardorosamente comentado, en que trató su autor, con extensión y valentía, todas las cuestiones enlazadas con el tema, apuntando soluciones que dejaron huella en posteriores reformas.

Tal escrito es una diatriba contra los profesores de Cámara, crudísima, descarnada y atrevida, una representación contra la reunión de la Medicina y la Cirugía, una acusación contra los directores de Colegios quirúrgicos Perchet, Virgili, Guimbernat y el ministro Caballero, y una impugnación de la igualdad de prestigios y honores farmacéuticos, quirúrgicos y médicos! En él se aboga, ahincada y apasionadamente, en pro de los doctores en Medicina que habían de constituir, según Salvá, una gerarquía suprema usufructuaria de los cargos más honoríficos y lucrativos de la profesión. Todas las páginas reflejan el pensamiento de nuestro biografiado, sus amores y enconos profesionales y sus ideas acerca de la enseñanza. Allí mostróse partidario de la supresión de Universidades médicas, reduciéndolas a tres, según pensamiento de Felipe III y Tissot, y del extremado rigor en los exámenes para amenguar el número de los graduados; propuso la creación de un periódico profesional de suscripción forzosa, para reforzar el erario de la enseñanza; aconsejó textos que no se distinguían por sublimes ni modernos; aconsejó un complicado sistema de oposiciones con buen golpe de latín; defendió las cátedras *de por vida* y en cambio se mostró partidario de la revisión de títulos y licencias temporales para ejercer la medicina, como en la Edad Media y en los días del antiguo Protomedicato; condena el folleto los Doctorados en Medicina y Cirugía y admite, sin embargo, la reunión de las dos Facultades en los profesores de los ejércitos y de la armada... El doctor Salvá, que en el mentado opúsculo reservó la dirección de los estudios médicos, de los hospitales y de los cargos más pingües y excelsos a los doctores en Medicina, constituyentes de las Reales Academias, defiende, fundándose en la teoría de que las enfermedades urbanas son más complejas y difíciles de tratar que las rústicas, la conveniencia de que los bachilleres practiquen en los pueblos, los licenciados en las poblaciones de segunda y tercera clase, y en las de primera bajo la dirección de los doctores que presidirán *siempre* las juntas y a quienes se les reservarán los honorarios, aunque llegasen tarde a la reunión...

Después de lo dicho no es maravilla que nuestro doctor fuese tenazmente combatido por sus adversarios. Sin embargo, debemos advertir que algunas de sus ideas fueron adoptadas más tarde, que ciertos juicios, aunque fustigadores, no carecían de exactitud, y por fin, que la inamovilidad de los médicos de partido, la seguridad y aumento en los sueldos de los mismos, su mayor

(1) Publicados en Palma de Mallorca por su amigo el Dr. D. Francisco Sanpents, Vol. en 4.º 128 pág. y una tabla.— Antonio Brusi.

prestigio, la unidad de clase y su ilustración por medio de la prensa, pensamientos son que, muchos años después, motivaron campañas, congresos profesionales y proyectos de ley.

De la convicción de Salvá respecto a los mentados proyectos no cabe la menor duda: en su testamento legó una cantidad para que se hiciera un ensayo de sus *Pensamientos* en Mollet y Rabós, pueblos del Ampurdán. Omitiendo, por no dilatar sobradamente el presente discurso, la parte que tomó Salvá en las controversias acerca del uso de las emisiones sanguíneas, tratamiento de las calenturas pútridas y de las viruelas, naturaleza y utilidad de los antimoniales, sobre la frecuencia de las muertes repentinas en Barcelona, eclampsia puerperal y otras cuestiones sobre epidemiología, señalemos su intervención en la disputa acerca del origen y naturaleza de la fiebre amarilla y alguna otra.

La primera ocasionó larga y vivísima controversia que empezó con la aparición de la epidemia en España, por 1731; se recrudeció a principios del siglo XIX y llegó a su mayor apogeo en 1821; durante la dilatada época, aparecieron los médicos profundamente divididos.

El doctor Salvá se afilió a los folletistas que denostaban al Gobierno por las precauciones adoptadas, creían en la antigüedad en Europa de la fiebre icterodes, negaban su propiedad contagiosa, la suponían engendrada por causas locales, combatían su procedencia exótica, su naturaleza específica y motejaban al supuesto germen de invisible e *imaginario*...

Más útil, beneficiosa y acertada fué la intervención de Salvá en aquella cuestión médico-política, causa no pequeña de la enemiga contra Godoy, relativa a los inconvenientes de tolerar enterramientos dentro de poblado...

Terció Salvá en otro asunto de altos vuelos, de importancia grande; nos referimos a sus estudios y traducciones pertinentes al análisis de aguas minero-medicinales, rama entonces naciente y hoy frondosa en la terapéutica; lo propio decirse puede de sus trabajos meteorológicos y de topografía médica.

Tanto celo y actividad tanta no encierran, sin embargo, los méritos más culminantes del médico barcelonés. Con efecto; dos hechos grandiosos, imborrables, destacan en su historia con resplandores diamantinos, la enseñanza clínica y la profilaxis contra la viruela, por su gestión constante y feliz en ambos, hizose acreedor a la memoria de los siglos.

El juicio que merece Salvá como profesor de Clínica médica, la historia y vicisitudes de la cátedra, los elementos primeros y el desarrollo ulterior de aquella enseñanza, es tarea encomendada al sabio doctor Robert, inteligencia y pluma insustituibles en este y otros asuntos.

Dos palabras, sin embargo.

Por el hecho de ser el doctor don Francisco Salvá y Campillo el primer maestro de Clínica en Barcelona (1), por deberse a sus gestiones en la Corte la creación de aquella enseñanza en el Principado, como por haber demostrado amor intenso al cargo, ductilidad y constancia para ir venciendo las dificultades ingentes, anejas a toda reforma e inseparables de las cátedras clínicas, antaño miradas, sino como trastorno, como ingerencia molesta en las prácticas consuetudinarias del Hospital de Santa Cruz y, en suma, por haber resistido, durante un cuarto de siglo, los desdenes al solicitar, las asperezas al estatuir, las burlas al comenzar, las fatigas en proseguir y los desvelos en mejorar la obra, él mismo se coloca en pedestal altísimo y honroso, desde donde preside el movimiento regenerador de la cultura médica en tierra catalana.

Luchó denodadamente nuestro biografiado para llevar a feliz término su ardua empresa, porque tenía convicciones, porque se hallaba persuadido de que la Clínica es disciplina soberana a la que prestan homenaje y ayuda todas las demás ciencias biológicas, porque no dudó en aquellos tiempos, ya lejanos, de que la Clínica es la aplicación de todas las disciplinas y saberes a la curación de las enfermedades, ideal realizable del arte, lugar donde se mudan y cambian en caridad y perfección las labores del humanitario estudioso, campo sereno donde se aquilatan doctrinas, golfo donde naufragan errores, y escuela de prudencia, de fortaleza, de saber profesional.

Del modo cómo desempeñó Salvá su cometido docente, hablan muy claro sus *Memorias*, los fajos de historias manuscritas trazadas por sus discípulos, y lo que ya apuntamos respecto a su carácter, opiniones y hábitos médicos.

Sería injusto olvidar que empapado Salvá en los consejos del gran Morgagni, procuró comprobar en el cadáver la certeza de los diagnósticos. Sobre este particular diremos, que habiendo fa-

(1) Con el Dr. Mitjavila.

llecido en 9 de marzo de 1818, una joven albergada en su Clínica, prometió don Francisco a sus discípulos practicar la autopsia y comprobar la existencia de las lesiones correspondientes a la pneumonía tífica, mas los sepultureros equivocadamente, lleváronse el cuerpo. No se avino Salvá a que la historia clínica quedase incompleta; previa licencia del Barón de Eroles, los alumnos llevaron a cabo la autopsia en el cementerio general sito, a la sazón, junto a Gracia; el disector fué don Francisco de P. Foix. Tales escrupulosidad y celo, hacen la apología del maestro, mejor que un volumen de alabanzas.

Veamos la participación que tuvo Salvá en la adopción de la profilaxis contra las viruelas.

La inoculación de las viruelas era un procedimiento que, sin estar completamente despojado de contingencias, ofrecía indiscutibles aunque relativas ventajas; gracias a éstas, al apoyo de influyentes personajes y a las opiniones de sabios, literatos y clínicos, se extendió la práctica por el mundo; fundáronse centros de inoculación en varias naciones, y el método de Timoni y Lady Montague fué adoptado merced a propagandistas como Freind, Girod, Mead y otros, pero vino esto tras grandes y rabiosas disputas entre los filósofos, teólogos y médicos. De tal suerte se encaronaron los ánimos en favor o en contra de la inoculación que llegó a ser un verdadero peligro, en muchos países, afiliarse a uno u otro bando. Desde los argumentos canónicos y políticos, hasta las más bajas retencencias, bochornosas calumnias e intrigas de mala ley, utilizaron los adversarios de la inoculación para sepultar el procedimiento.

Al fin, para éste fué la victoria, y en nuestra nación, aunque con retraso y grandes sinsabores, extendióse la práctica y muchos millares de personas se inocularon contra la temida peste.

No podía constituir excepción el Principado catalán, y así, luchóse en este país con denuedo y constancia para implantar el método ingertante; vencieronse al cabo enormes resistencias, merced a los buenos oficios del doctor don José Pascual, de Vich, de los hermanos Sanpouls, P. Balmes, a la autoridad y escritos sesudos y eruditos de don Francisco Salvá y Campillo, especialmente a la refutación que éste hizo de los argumentos de De Haen. Esta parte de gloria justísima que corresponde a nuestro biografiado reconocida está, entre otros, por los historiadores de aquella famosa controversia O'Scanlan, Balmis, Moreau de la Sarthe, H. Morejón, Jauregui, Chinchilla, etc.

La victoria de los inoculadores, luego adictos a la vacuna jennericiana (1), no sólo es plausible por la constancia y decidido esfuerzo desplegados hasta derruir y pulverizar los baluartes de toda prevención contra el sistema profiláctico; no es admirable por las ventajas inmediatas que en la salud y cultura del pueblo derramaron, sino por haber dispuesto el terreno y preparado a la humanidad de tal suerte que la vacunación jennericiana entrase luego en la convicción de los pueblos sin choques furiosos ni escandalosas protestas. La inoculación despejó el campo y allanó el camino a la *vacuna*, y es que el vulgo no halló diferencia esencial entre los dos procedimientos, y así se realizó el milagro de que nuestra nación, por ejemplo, pocas veces rápida en sus determinaciones, mayormente las óptimas, en 1803, previo dictamen favorable de los médicos catalanes Gimbernat, Gallí y Lacaba, mandase una expedición famosa, mejor dicho, legendaria, dirigida por el valenciano Balmis, a fin de propagar la vacuna por todo el mundo. De esta suerte, a España, a la infeliz y calumniada España, corresponden la gloria y primacía dobles de haber cincudado la tierra por motivo geográfico con Sebastián El Cano y Magallanes y por el más alto de repartir la salud y la civilización con Francisco Balmis, que llevó la vacuna a colonias inglesas mientras sus cañones destrozaban nuestros puertos y naves!...

No hay que insistir en que el inmortal viaje preparado fué por hombres como el erudito Salvá, ardiente propagandista de la higiene; sin ellos acaso el descubrimiento de Jenner no hubiese aquí prosperado; tal vez a esta hora, la vacuna y las nociones que de ella emanaron, causas de portentosos adelantos, no se hubieran difundido y el progreso de la ciencia no alcanzara el nivel actual... Y es que, por grandes, señores, que sean las ideas y los descubrimientos, por beneficios que brinden las innovaciones, ni aquéllos ni éstas arraigan y medran sin el talento, la constancia y la virtud de los propagandistas; ellos son los intermediarios entre el genio y esos eternos menores de edad que se llaman pueblos; ¡qué más! hasta la religión del Crucificado, de origen divino, tuvo su apostolado que diseminó por el orbe la buena nueva.

A la categoría, pues, de los apóstoles de la Medicina perteneció Salvá y Campillo; él fué li-

(1) Vid. Parangón entre Nelson y Jenner, por D. F. Salvá, R. A. de Medicina.

beral propagandista de las más útiles y hermosas novedades médicas teóricas, profesionales y prácticas; con tal carácter le incluirá la historia en sus páginas de oro, porque este es el más simpático aspecto y la más eficaz, duradera y humanitaria de sus labores en su vida, por muchos conceptos ejemplar.

En aquellas edades tormentosas y confusas en que los resplandores de los descubrimientos aún no perfeccionados, alternan con las nubes del error y los vientos de la pasión, produciendo en las acaloradas mentes verdaderas tempestades entre lo nuevo y lo tradicional, los propagandistas ejercen providencial misión, son ellos para la cultura especie de árbol circulatorio, ya que esparcen y difunden el alimento científico atesorado con diligencia y asiduidad; pero no olvidemos ¡ay! que esta función social nunca es perfecta; en el raciocinio y en la sangre de los hombres mucho pueden el tiempo y el ambiente en que viven...

No fué, en suma, el individuo a quien hoy rendimos homenaje, juzgado como médico, ser extraordinario, hombre único ni profesor intachable; ni se dan genios a diario ni creo en los ángeles terrestres; fué sencillamente un obrero sobresaliente, un espíritu difusivo, un estudioso, que procuró servir a la ciencia, a la humanidad y a su tiempo... Por algo persisten su fama y su nombre, y es que la gloria, como el sol, apetece y dora las cumbres.

Sinteticemos.

Fué Salvá brazo potente en la cultura médica de su país, a la que consagró todas sus aptitudes y entusiasmo ardoroso; prestó su saber y valimiento a la prensa profesional, a la sazón naciente; contribuyó a substituir, por la monografía vivaz y sugestiva, los corpulentos y rancios volúmenes, viejos cuando salen a luz pública; impulsó el estudio de las aguas minerales, y de la química médica; prestó vida y frondosidad a las corporaciones docentes; alentó con premios a los estudiosos; difundió con las traducciones las palpitaciones y aleteos de la ciencia extranjera; discurre planes de enseñanza médica y de reformas profesionales; inauguró los estudios clínicos en Cataluña y contribuyó a la adopción definitiva de la profilaxis contra las viruelas, hecho inmortal que señala el advenimiento de la Higiene científica.

Forma, por tanto, Salvá y Campillo, en la hueste gloriosa de médicos catalanes, astros luminosos a cuyo entorno giran los acontecimientos más grandes, los prestigios más sólidos, las más brillantes reformas del Arte de curar en España, en tiempos modernos...

Recordad, si no, a Virgili, padre de la cirugía moderna, a Gimbernat, encarnación del ardimiento y saber quirúrgicos, a Bonells y Lacaba, maestros de anatomía de múltiples generaciones, a Mitjavila, fundador del periodismo médico español, a Carbonell y Sanpouls, tan peritos en Medicina como en ciencias físico-químicas, al memorable Castelló y Ginesta, quien supo invertir su alto prestigio en Palacio, dignamente conquistado, en bien de la ciencia y en favor de sus profesores, manumitiéndolos del brutal despotismo político; mencionemos a Pedro Felipe Monlau, de aptitudes tan variadas como salientes, que elevó la higiene al rango que le corresponde, al erudito Félix Janer, al correctísimo literato Pi y Molist, a Picas y sus triunfos prácticos, a Pedro Mata, enciclopedia viviente, quien por sí sólo forma época en la historia de nuestra profesión, al genial Letamendi, que ha dejado el sello de su pasmosa inteligencia en todas las cuestiones que sometió al estudio de su poderosa mente, y veréis que no es exagerada mi afirmación; y conste que sólo menciono a los personajes que por su grandeza científica llevo alojados en privilegiados estantes de la memoria desde donde espontáneamente bajan a los labios, y conste, además, que no cito a los vivos para que no se tome a lisonja el recuerdo; ni se echan a mala parte omisiones forzosas; mas todos conocéis operadores muy diestros, clínicos eximios y famosos, tocólogos ilustres, especialistas respetados que, viviendo para bien de la ciencia, son esperanzas de un porvenir lozano, y, así, al levantar el siglo xx su párpado enorme, verá, en esta región, doctísimos varones entrar en la centuria cargados de lauros, de loables acciones y altos propósitos con que auxiliar la obra colosal del siglo que alborea, esmaltado de luces y cuajado de esperanzas.

¡ Hermosa edad y siglo famoso el de Salvá que preparó la grandeza del presente, en que los hombres, perfeccionando sus sentidos y ensanchando la razón, mejor comprenden que los pasados la majestad y omnipotencia del Creador; en que asomados a las ventanas que miran a lo infinitamente pequeño y relleno el abismo que separó lo inorgánico de lo viviente, ya pudieron descubrir leyes supremas y con ellas adquirir el convencimiento de la inmensidad y armonía del Universo. Edad varonil y tiempos venturosos los actuales en que los hombres, mejorando lo sabido y corrigiendo lo erróneo y aclarando lo ignorado, por artificios sólo explicables como destellos del

Eterno, han logrado borrar distancias, anular pesadumbres, acercar los soles, abrazar los continentes, reunir las inteligencias, estrechar los afectos, averiguar la esencia de muchos males, penetrar en lo íntimo de la fábrica humana, estudiar sublimes decretos en las entrañas de los átomos vivos e inanimados para resolver todo en beneficio de la ciencia y comodidad de los pueblos!...

Pero más fecunda y dichosa será aquella edad venidera en que, disipadas las nieblas del presente, resueltos capitales y problemas y olvidados el egoísmo y la vanidad, brillen la ciencia y la virtud en todo su esplendor y halle el hombre medio fácil y digno de adquirir el pan cotidiano, la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu. Entonces la gratitud, volviendo sus ojos al pasado, recordará con veneración la época de Salvá las borrascas y sinsabores arrostrados y vencidos por aquellos genios, con el fin de disponer el advenimiento de tanta bondad y tanta belleza como presagiamos ya para un día ¡ojalá! no remoto y dentro del siglo que mañana empieza.

El Dr. Salvá y la Real Academia de Medicina de Barcelona.

DISCURSO DEL DR. WIFREDO COROLEU

Es imposible formarse hoy una idea con la riqueza y esplendor de nuestra ciudad, del cuadro de miseria y abandono que respiraba en la primera mitad del siglo XVIII. La lenta decadencia que la consumiera en las anteriores épocas como a sus hermanas Génova y Venecia, desde el descubrimiento de América, había culminado en los horrores de la Guerra de Sucesión. Cuando Barcelona abandonada por las Potencias del Norte en su lucha contra las huestes del Duque de Berwick, sucumbió gloriosamente, ya no quedaba de ella más que la sombra de un gran nombre, según frase de Tácito. No se trataba solamente de un régimen de rigor extremado en el orden político y administrativo, sino de una pobreza e incuria, frutos del desaliente general. La paz aparente de que gozaba el Principado era, como se dijo en cierta ocasión y en otras tierras, la del sepulcro. El bandillaje en los campos y el atraso más vergonzoso en las ciudades resumían aquel estado de cosas. Para completar la catástrofe del pueblo que un día aspirara a la conquista de Bizancio; habíasele cerrado el comercio de las Indias. Por fin, la ignorancia se enseñoreaba del país con el traslado de la Universidad barcelonesa a Cervera, que en un siglo sólo ha dado dos nombres: Finestres y Mayans.

Justo es decir que el reinado de Fernando VI, reparó en gran parte los errores y faltas de su predecesor. Como dice el historiador aragonés don Vicente Lafuente, no tenía aquel Monarca la ojeriza contra los catalanes de Felipe V y de Patiño. Así se comprende que soplaran mejores vientos para el bienestar de la Ciudad Condal bajo la égida del Marqués de la Mina, el Capitán General de entonces. Tarea ímproba e ingrata a la par, era la que se proponía este ilustre patricio y las fuerzas vivas que le secundaban. Sin embargo, de esta época data la restauración de la grandeza y fuerza de Cataluña que debía coronar el gran Rey Carlos III.

Una de las fases de la ineducación pública, como se diría ahora, era la de las ciencias médicas. Nunca cesó de agitarse en Barcelona la idea de crear unos estudios que la supliesen ya que en Cervera no reinaba más que un verbalismo enfático y pedantesco. La creación del Colegio de Cirugía por la iniciativa de Pedro Virgili respondió a esta necesidad de una enseñanza práctica. No obstante, quedaban otras tan apremiantes como ella y entre las cuales debe contarse la fundación de un cuerpo académico consultivo. La existencia del mismo en la capital del Reino, desde 1732, en forma de una Academia de Medicina, demuestra ya que la cosa tenía precedentes. El régimen instaurado por Felipe V, debía seguir el modelo de su ilustre abuelo francés, creando Academias para la investigación, la erudición y hasta el buen gusto. El retraso de nuestra capital en esta parte sólo se explica por las azarosas circunstancias de la vida barcelonesa en todo este período histórico, quizá el más triste de su existencia.